

«EN EL PALACIO DEL FIN»

En mi condición de doble –uno de ellos– del hijo del dictador, se me puede encontrar a menudo en el Palacio del Fin. Seis días a la semana, para ser exactos; y doce horas al día. Mis encarnaciones públicas del sucesor (en desfiles e investiduras emitidas por televisión, y celebraciones por el estilo) son hoy cosa del pasado. Pero tenemos que seguir cumpliendo con nuestras obligaciones pendientes. Por la mañana me pongo manos a la obra en el Ala de Interrogatorios. Luego, por la tarde, tras una estela de aroma de café en compañía de los demás dobles, hago el amor filmado –o me filman haciendo el amor– con un grupo de beldades selectas en el Ala de Recreo. El Palacio del Fin tiene la forma de un águila titánica: la cabeza con su pico vuelta hacia abajo, las alas festoneadas abiertas... Fue creación del Viejo Nadir, que se está muriendo lentamente a causa de las heridas sufridas en el célebre atentado de la «bomba del retrete» contra otro de sus palacios, en el sur del país. Y ahora todo el poder está en manos de su hijo único: Nadir el Siguierte.

Hasta hace muy poco, al menos, mi trabajo en el Ala de Interrogatorios no era particularmente oneroso. No estaba obligado a participar en todas y cada una de la larga serie de

actuaciones. *Mi* trabajo consistía en «aparecer», con celeridad surrealista, en el clímax de este o aquel interrogatorio (que podía llevar en marcha días o semanas); flanqueado por soldados de infantería armados, irrumpía con ruido en el cubículo, con uniforme de faena y pesadas y mortificantes botas de combate, y asestaba un fuerte revés en la cara al sospechoso. Y eso era todo. Pero hoy, por razones diversas, y como todos los demás dobles, he de hacer muchas más cosas. No es que se nos haya rebajado al estatus de meros mirones o pasmarotes o de animadores novicios, no; pero en los difíciles tiempos que corren hemos de mostrarnos solícitos y diligentes para cualquier tipo de cosa.

El interior del Ala de Interrogatorios en un tiempo estuvo dividido en las tradicionales «celdas y sótanos»: pasillos rezumantes de humedad, chirriantes puertas de hierro, cubículos dentro de salas («las casetas de perro»), etcétera —con los gritos y alaridos de los detenidos pulcramente amortiguados o sofocados o silenciados en seco—. Ahora todo se hace a la vista. Entrás en un antihospital, una vasta fábrica de infligir dolor: aquí cuelgan a uno boca abajo de una soga; allá golpean a otro con una vara en las plantas de los pies; aquí el potro, allá la rueda... La atmósfera reinante, más comunal, tiene como objetivo «desanimar a los demás», y, desde el punto de vista del sospechoso, no cabe la menor duda de que su ingreso en el Ala de Interrogatorios es mucho peor que la muerte —cualquier tipo de muerte—. Ciertamente, se daba la circunstancia más o menos invariable de que los prisioneros intentaran suicidarse de inmediato de la única forma posible: cercenándose la lengua con los dientes.

Aunque comprensible, tal práctica entrañaba una paradoja: los que se quedaban sin lengua, con la boca llena de gasas sucias, no podían ni proclamar su inocencia ni (con

mucho la opción más sensata) pregonar su culpabilidad. Pero al final daba igual. En un momento dado —quizá meses más tarde— la cabeza del sospechoso asentiría con abandono, y el interrogador iría hasta la vieja máquina Xerox en busca de la confesión estándar (que el sospechoso firmaría con sus iniciales). Después de unas cuantas sesiones más de tortura preludio de la muerte, el 99% de quienes entran en el Ala de Interrogatorios acaba colgado del cuello hasta morir. El resto son enviados a casa envenenados letalmente, con un día o dos más de vida y —sin el menor asomo de duda— más de una cosa que contar. Los «sin lengua» no pueden contar nada, pero sí hacer un bosquejo de lo que les ha pasado, o escribirlo in extenso, o contarlos mediante mimo mientras siguen vivos. Así, ellos también jugarán un papel en el apuntalamiento del respeto al imperio esencialmente personal de Nadir el Siguiente.

Sea como fuere, hoy día el asunto de los «sin lengua» es puramente teórico. Ya no quedan «sin lengua». A todos los sospechosos se les rompen y arrancan los dientes en el vestíbulo de la Sala de Recepción, mucho antes de que el funcionario encargado de los ingresos les haya tomado las huellas dactilares.

A las 12.45 los dobles se reúnen en la cantina de los dobles, que está situada en el cuerpo principal del edificio —en el torso musculoso del águila dorada—. A cualquier hora del día o de la noche hay treinta o cuarenta dobles en el Palacio del Fin (en la capital somos más de cien, y docenas en cada ciudad capital de provincia). Agrupados y ociosos en la cantina de los dobles, disfrutamos de una taza de café, y quizá de un trocito de guirlache, mientras nos disponemos a encarar el trabajo de la tarde. Primero, el trabajo de la mañana; luego el trabajo de la tarde.

Para un doble, este paréntesis de la cantina de los dobles puede resultar una experiencia un tanto despersonalizadora. Todos medimos uno ochenta y cinco, todos pesamos ciento dieciséis kilos y medio. Todos tenemos el mismo tupé negro y brillante, los mismos ojos salientes, castaños, inyectados de sangre, los mismos dientes delanteros enormes (a todos nos falta el mismo colmillo), el mismo parche en el mismo ojo. Llevamos este parche porque Nadir lleva este parche; y Nadir lleva este parche porque hace diecisiete meses le pegaron un tiro en la cara (fue un guardaespaldas). Y aquí llego a una de las tareas más ingratas de un doble presidencial. Todas las heridas que Nadir ha recibido en el curso de los cada día más frecuentes y desesperados atentados contra su vida, han de verse duplicadas obviamente en sus sosias. Para el tiro en el ojo izquierdo, fuimos, uno tras otro, atados e inmovilizados frente a una pistola automática colocada sobre un trípode a una distancia de cuarenta y cinco centímetros; muchos dobles perecieron en los ensayos iniciales (pese a que antes se habían llevado a cabo variados experimentos con montones de detenidos), y otros muchos fueron apartados del servicio, y ejecutados sin publicidad, cuando sus heridas no sanaron como debían. Asimismo, a todos los dobles nos falta la rótula de la rodilla derecha, el talón izquierdo, el omóplato izquierdo y el cuarto y el quinto dedo de la mano izquierda. Todos hemos pasado algún tiempo en silla de ruedas, con muletas, con collarín, en tratamiento de tracción. Se nos somete, además, a envenenamientos periódicos. Más recientemente, se nos quemó el pelo (tras un atentado con lanzallamas contra el hijo del dictador), y durante un tiempo un equipo de peluqueros venían a controlar el estado de la pelusa y las ampollas.

Entrar en la cantina de los dobles resulta, como digo, una experiencia despersonalizadora. Es entrar en una sala

de espejos. ¿Quién es ese hombre que está junto a la ventana de espaldas a la habitación? Se vuelve lentamente. Y de nuevo..., exacto: soy yo... Resulta bastante placentero, por supuesto, mezclarte con tus pares idénticos. Pero la conversación es siempre tensa. No es sólo que haya siempre delante cinco o seis informantes a tiempo completo que se hacen pasar por dobles, pues todos somos informantes, e informamos los unos sobre los otros diariamente de forma rutinaria. No. Es la sensación (totalmente injustificada) de que el propio Nadir se halla tal vez entre nosotros. De vez en cuando, mientras vas dejando pasar las horas y te quejas del tiempo, percibes en tu interlocutor un calor fluctuante en los ojos, y el calor de su cuerpo (y un olor caliente, también: el olor del poder) que parece delatar la proximidad del hijo del dictador. En esos momentos, tanto la palabra como el silencio parecen inconcebibles —conscientes, como lo somos todos, de la susceptibilidad bien conocida, y el mal carácter, de Nadir el Siguierte.

Hay un doble, uno sólo, con el que puedo sentirme más o menos yo mismo: Mekhlis. Para empezar, siempre puedo saber que es él: como a mí, a Mekhlis le quitaron (o, mejor, se lo pusieron en otra parte) un lunar grande que tenía en la cara, y en la mejilla tiene una mancha circular muy parecida a otra que yo tengo en el mismo sitio. Hoy me he acercado a Mekhlis en la terraza del invernadero que da a los jardines —los jardines, con sus papagayos y sus monos—. Y le he dicho:

—¿Qué había en ese *saco*?

—¿*Qué* saco? —me contestó él, con la misma voz tosca de barítono. Nuestro problema es que tenemos la lengua demasiado larga; demasiado larga para el tamaño de la boca—. Oh, *ese* saco... —dijo.

Aquella mañana había pasado media hora anormalmente incómoda gritándole a un detenido mientras una

saca de correos de lona empapada en sangre se agitaba y brincaba por todo el suelo del cubículo. El grito incesante que emitía evocaba algo parecido a un hervidor de agua.

—Sí —dijo—. Unas medidas severas de verdad. El saco contenía unos cuantos animales muertos de hambre además de a la hija de tres años del detenido.

—Eso me figuraba. Pero ¿no había además algo fuera de lo normal en esos animales?

—No en los animales en sí. Ya sabes... «murciélagos y gatos y ratas». Pero, según dijo el veterinario, casi muertos de inanición. Y demasiado faltos de fuerza. Así que tuvo que inyectarles algo. Anfetaminas. Un detenido testarudo de verdad.

—¿Por qué no confiesan de inmediato? —dije—. ¿Por qué no firman tranquilamente... nada más entrar?

Sacudimos la cabeza y nos secamos la frente. Otra vez la sensación del espejo: él es yo y yo soy él.

—Los que no acaban sin lengua..., ¿es que nadie les escucha?

—Puede que les escuchen —dijo mi colega—, pero no les creen. Y son inocentes. En tiempos del Viejo Nadir *algunos* de ellos, al menos, eran culpables. Pero estos de ahora... Tiene que ser duro confesar si eres inocente.

Y la conciencia de ser inocente tiene que ser algo muy poderoso, pensé. Dije:

—Entonces no entienden. Culpable, inocente: eso no es lo que le importa al Siguierte. Quizá sería mejor que nosotros...

Pero en ese momento se nos acercó otro doble, y Mekhlis se puso a hablar de tormentas de arena.

A las 13.15 salimos para ir a los vestuarios, donde, seis días a la semana, nos cambiábamos las botas de combate por unas zapatillas puntiagudas y el uniforme de camufla-

je por un quimono color crema. La boina negra cede paso al fez suave con su borla carmesí.

Y así van pasando los meses.

Estamos en el Ala de Recreo, con sus aparatos de aire acondicionado, su música ambiental, sus beldades selectas. Hasta hace bastante poco, Nadir hacía que tuviéramos trato con mujeres del tipo Jezabel: mundanas, bailarinas del vientre, «huríes» con ungüentos. Y tenemos instrucciones rigurosísimas en el sentido de que no se nos ocurra utilizarlas con rudeza. Eso terminó. El cambio de política al respecto empezó cuando Nadir recibió un disparo en la pierna, y se hizo radical cuando le dispararon en la cara. Se acabaron las sodomizaciones gruñidoras, el bullicioso «follarse en grupo» a las mujeres y demás. Ahora, por la tarde, nos reclinamos en nuestras lujosas alcobas con nuestras damitas, a las que ofrecemos peras peladas maceradas en exquisitos licores. Yo tal vez recite con delicadeza unos versos del inmortal poeta Narciso, mientras alargo la mano para coger mi laúd. Luego, a las 14.50, te percatas de que la cámara se activa, y te pones en acción.

Hoy día el mejor resultado posible de un doble en el Ala de Recreo es conseguir tener varios orgasmos. Cualquier clase de orgasmo es un premio inestimable; y un porcentaje de éxitos contundente suele bastar para proteger al doble de todo disfavor o desgracia o desastre. Pero a lo que siempre tendemos con afán es al logro de orgasmos múltiples —y preferiblemente continuos—, y no hay doble que se sienta enteramente feliz, mientras sorbe su bebida de cola con los demás dobles, a las 19.35, si ha fracasado ese día y no ha logrado ni un orgasmo.

A la sazón, era algo comúnmente admitido que la razón del cambio de Nadir había sido sin duda lisa y llanamente

utilitario. Para entonces se había quedado sin odaliscas y sin damas de la noche, y había vuelto la mirada hacia la población en general: jóvenes enfermeras, jóvenes secretarías, jóvenes profesoras... Y casi todas ellas –huelga añadir– jóvenes viudas. Yo no me adscribo a tal teoría (estoy intentando formular la mía propia). Pero el hecho es que el doble ahora se enfrenta a un tipo totalmente diferente de reto en el Ala de Recreo. Cuando entraba en las alcobas, y hacía que el aire zumbara al cortarlo con mi vara, solía encontrarme con un guiño feroz y un lascivo gesto de la lengua. Ahora me encuentro con la mirada fija y aislada de la chica de al lado de tu casa, y llego con un ramo de flores y una caja de bombones en la mano. Mekhlis dice hablar en nombre de todos los dobles cuando afirma que le gustaba más, mucho más en los viejos tiempos. Bueno, pues no habla por mí. Las nuevas presiones que hoy encara un doble tocan la fibra más íntima de un hombre, y entrañan un peligro mortal –el suicidio no sería el más improbable–. Pero yo no iba a retroceder. No, no iba a retroceder.

Tu primer objetivo, por supuesto, es aquietar el temblor que te domina. Normalmente puedes esperar librarte de él hacia la hora del almuerzo: vas columbrando con calma lo que te espera, la lista de castigos y premios asignados a los fracasos y los éxitos. A las mujeres jóvenes se les advierte también con dureza de que el largo e invasivo proceso de verificación –que incluye una prueba con el polígrafo y una inyección de escopolamina– pondrá al descubierto toda tentativa de simulación: un orgasmo fingido, para el Siguiente, constituye una afrenta mortal. Esto, a menudo, las hace temblar mucho más. De hecho algunas de ellas siguen temblando hasta bien entrada la tarde, a pesar del diestro masaje en los pies, de las abluciones mutuas, de la aplica-

ción de numerosos y eficaces ungüentos. Algunas de ellas no dejan de temblar en ningún momento, y la tarea, en estos casos, es encontrar el ritmo más hondo o lógico de la situación, y así transformar la vibración en vigor y efervescencia. No es trabajo de un momento.

Hoy, por ejemplo, he estado con una joven anestesista de la capital de la provincia. He brindado con ella con champán francés, he cantado canciones de amor acompañado con mi tiorba, y he recitado algunas estrofas que alababan su hermosura, lo que fue muy delicado y refinado por mi parte, pese al disfraz de mujer del serrallo y del macabro maquillaje –sobre el que Nadir insiste invariablemente–, y pese al odio que podía verse en sus ojos. Las manos y la voz de la joven anestesista fueron calmándose poco a poco. Pero cuando, románticamente, la levanté entre mis brazos y la llevé hasta los almohadones iluminados por luces klieg, era como si transportara una estatua de bronce (una de las más recatadas estatuas del Siguiete, tal vez): toda flexibilidad y elasticidad perdidas, y la carne tan fría y pegajosa como hielo seco. Hacia el final de la tercera hora de ininterrumpido cunnilingus, pensé que tal vez estaba empezando a tener algún éxito; pero al final la joven anestesista fue incapaz de responder como debía. Perdería su pasaporte interno y su derecho a la asistencia médica (y lo mismo toda su familia). En cuanto a mí, la no satisfacción, el anticlímax, lo cargarán en mi tarjeta de crédito. Y se tendrá en cuenta.

A veces teníamos la capacidad de encenderlas sexualmente con nuestra belleza, porque en un tiempo fuimos bellos. Pero hoy ya no lo somos, en estos tiempos tensos. Lamentablemente, en el curso de sus diversas incapacitaciones, el Siguiete ha engordado algo más de cuarenta kilos. Y están también las espantosas «múltiples heridas» en

pecho y espalda, recibidas en un atentado doble (RPG e IED),¹ cuando viajaba en un monorraíl subterráneo. Luego estaba el atentado con ATS (proyectil antitanque) que sufrió en el salón de baile de otro palacio; estaba de pie en medio de él y le cayó encima la araña de dos toneladas, y acabó con montones y montones de esquirolas de varios centímetros de grueso clavadas en el cuerpo. No, ya no éramos bellos. Una vasta herida: eso es lo que soy. Cuando los dobles nos duchamos juntos —ahora apenas somos unos veinte— tenemos un aire rudo y enrojecido, y parecemos una congregación de colosales penes.

El momento más sombrío de la jornada, en mi opinión (sorprendentemente, quizá), es el del cambio de atuendo: cuando nos desanudamos las botas de combate y nos ponemos las zapatillas puntiagudas. Es entonces cuando tengo que enfrentarme a mi propia humanidad, cuando tengo que responder a las preguntas que me formula mi alma marchita. No se nos permite lavarnos hasta las ocho de la tarde; y cuando me deslizo el quimono deliciosamente perfumado sobre la cabeza, puedo oler todo el miedo y el furor del Ala de Interrogatorios. Y entonces me preparo para la siguiente y cobarde rubia color de miel, para la siguiente morena de carne pálida, para la siguiente pelirroja radiante y desdenosa. Y todas ellas tiemblan.

Obviamente, un «anticlímax» dista mucho de considerarse un éxito. Pero hay todo un nivel distinto de fracaso —todo un universo distinto de fracaso—. No hablamos de ello. Mekhlis no habla de ello. Yo no hablo de ello. Eso explica el hecho de que el momento del cambio de atuendo

1. RPG: *Rocket Propelled Grenade* (lanzagranadas de mano antitanque); IED: *Improvised Explosive Device* (artefacto explosivo improvisado). (*N. del T.*)

en el vestuario sea también, digamos, una confesión: una confesión de la vulnerabilidad y los fallos del macho... Humano es errar. Todo doble yerra –de cuando en cuando–. Pero todos conocemos el punto en el que podemos esperar la ira pródiga y sorda del poderoso. Y todos sabemos por qué este segundo nivel de fracaso –tan radical, tal decisivo– exaspera tan especialmente a Nadir el Siguiente.

A las nueve en punto nos retiramos a nuestros bungalows individuales, en los terrenos del palacio. La confraternización entre los dobles se desaconsejaba de forma tajante (para impedir todo intento de complot), pero ahora, en estos días de relajamiento y disposición disoluta, cuando el Siguiente se está debilitando, cuando nosotros nos estamos debilitando, casi todas las noches hay un mercado negro de afrodisíacos, y conseguimos todo tipo de filtros y pociones –todos los fármacos conocidos, todos los remedios de curanderos–. Salir a la ciudad es algo que nos está vedado, como es lógico; un doble no duraría ni medio minuto en la capital, o en ninguna parte. Pero aquí, por la noche, con todo estos botes y paquetes y polvos, tan por fuerza congregados y dispersos, aún podemos sentir un barrunto de las olvidadas tensiones de la urbe.

Estoy de pie ante el espejo. Me ahoga mi propia lengua –parece la aleta de un tiburón desollado–, y pronto habré de someterme a mi tercer «tallado» lingual. ¿Soy yo el que estoy viendo en el espejo, o estoy mirando a otro doble a través de la ventana?... Rompemos los espejos. Los dobles siempre están rompiendo los espejos. Lo que hay que hacer es contener el impulso de romperlos con un cabezazo de la frente. Hay que tener un martillo al alcance de la mano. Es en el día libre cuando más consciente eres de ello. Criados, obreros... van de un lado para otro con espe-

jos, con espejos rotos, con espejos nuevos. Y hay montones de añicos de cristal –como estanques de fuego– al sol del mediodía.

Los meses pasan. Y ya no puede durar mucho. Para nosotros, y para el Siguiete –tan incesantemente son minados sus bastiones, sembrados de cables trampa sus búnkers, de bombas trampa sus refugios.

Algunos dobles dicen que ha habido tiempos peores para los dobles. Años atrás, antes de mi llegada al Palacio del Fin, el hijo del dictador solía enviar a los dobles a pronunciar fieras arengas a las plazas de la ciudad, recorrer las calles en limusinas abiertas, marchar a la cabeza de desfiles triunfales. Todos, por supuesto, fueron asesinados con diligencia, aliviando así un tanto, y durante un período muy breve (o así se lo pareció a él), el peligro que corría el Siguiete.

Otros dobles dicen que ha habido *mejores* tiempos para nosotros: cuando, por ejemplo (habla Mekhlis), se les pedía a los dobles que no cejaran en su falta de piedad cuando se trasladaban de un Ala a otra. Hacías tu «pacto con el dolor» –dice– y eso era todo; además –arguye– la violación resulta menos aburrida, y mucho más rápida, que el maratón del «trabajo de lengua» que se espera de nosotros en la actualidad. No he olvidado aquellos días, y la atmósfera mental era ciertamente hartamente diferente. Más nerviosa y excitable, se diría. Hasta el descanso para el café era como un motín de presos.

Cuando se ve enredado en una situación generadora de atrocidades, el ser humano –he leído– responde con una o dos estrategias o mecanismos psicológicos. La primera recibe el nombre de «embotamiento». Recuerdo bien tal embotamiento: es parecido a la sumisión a una droga de efec-

tos desagradables y extraños. La segunda estrategia o mecanismo, curiosamente, se denomina «desdoblamiento». Es lo que hacemos todos los dobles hoy. Está la persona de la mañana, y luego, a continuación del rato de los vestuarios, está la persona de la tarde.

Y nosotros los dobles nos *hemos* desdoblado. Creo que puedo probarlo. Las leyes de nuestro país no permiten la ejecución de mujeres vírgenes. Burlar tal restricción, mediante la violación en masa, solía ser uno de nuestros incentivos. Pero desde que a Nadir le dispararon en la cara, y en el Ala de Recreo se hicieron reformas para acondicionarla para los encuentros sexuales, ningún doble tendrá ya nada que ver con el «follarse en grupo» a las detenidas en el patíbulo. Dejamos todo eso para los animadores novicios y los mirones auxiliares y otros torturadores más humildes del Ala de Interrogatorios.

El destino del doble que fracasa (aquel que repetidamente sale deshecho en llanto de las lujosas alcobas, sujetando entre el pulgar y el índice los bordes de las zapatillas puntiagudas) tal vez merezca la pena reseñarlo. El doble que fracasa ha de contemplar cómo se somete a todo su clan al horror grotesco de las confesiones, pero al doble se le despacha con una inyección letal —se le pone a dormir, como a un perro sin dientes—. No se le inflige más daño ni se desfigura su cuerpo.

Esta mañana, cuando estaba a punto de supervisar el «despegamiento»¹ de un viejo sospechoso, Mekhlis, contraviniendo una de las más importantes reglas del lugar (los dobles jamás deben dejarse ver juntos en el Ala de Interro-

1. *Degloving* («despegamiento»): término médico que designa diversos tipos de «desollamientos» quirúrgicos. (*N. del T.*)

gatorios), me ha llevado hacia un lado y me ha contado el rumor del último atentado contra la vida del hijo del dictador. Yo acababa de empezar a trabajar, por lo que aún me quedaban varias horas de faena hasta las 12.45, hora en que podría entrar renqueando en la cantina de los dobles.

Ahora sólo hay siete dobles. Algunos han muerto a causa de las secuelas de sus heridas más recientes (sobre todo en el atentado con bazooka); otros se han quitado la vida. Muchos, después de fracasos monótonos y tenaces, han concitado para sí la más terrible execración del Siguiente... Porque, hay que aclarar, Nadir es impotente. Siempre ha sido impotente. Toda su vida de adulto la ha pasado así, incapaz, como en un sueño, rodeado de mujeres desnudas con las que no puede hacer nada.

Donde no hay una verdad firmemente establecida, los rumores dejan de percibirse como rumores: fugaz pero manifiestamente, se nos antoja más convincente que cualquier mero *hecho*... La cantina de los dobles era, cómo no, una auténtica pajarera de teléfonos móviles, y durante la primera hora yo me quedaba sentado, acribillado por el habitual tumulto de la calamidad. Un bombardeo con mortero, un detonador de un kilotón, un misil termobárico de crucero. Semtex, botulismo, proyectil ácido, aflatoxina carcinógena, rayo de partículas, Agente Naranja... Al cabo de un rato, y otra vez como de costumbre, los rumores se vuelven bastante menos tremebundos (a Nadir simplemente le han clavado una bayoneta en la panza, le han dado un hachazo en la entrepierna, le han metido un arpón en la cabeza), y luego se suavizan aún más. Un cocinero, al parecer, ha intentado servirle un huevo podrido. Un chiquillo, al parecer, ha lanzado un guijarro contra su camión de mudanzas blindado. Y por último una nueva escalada: se desanda el camino y se llega a cierta forma de muerte.

Que es, naturalmente, ese hecho por el que todos rezamos. Cierta tipo de muerte. Así tendríamos una oportunidad. Nosotros, los dobles de hoy, no somos como los dobles del Viejo Nadir. Porque Nadir el Siguiente es también Nadir el Último.

–Ven –dijo Mekhlis.

Y juntos, renqueando, nos dirigimos hacia la terraza del invernadero: a los jardines, con sus papagayos y sus monos.

–Creo que deberíamos prepararnos –dijo Mekhlis–. Para una herida de nivel medio. Un brazo.

–Un pie. Puede que una oreja.

–Puede que el otro ojo.

Dije:

–¿El otro ojo? ¿Qué significaría eso en nuestro trabajo de la tarde? Podríamos seguir haciéndolo, supongo. Sería más difícil. Pero podríamos seguir haciéndolo.

–Sí –dijo Mekhlis–. Pero piensa. ¿Por qué iba a querer que siguiéramos haciéndolo?

Sonó el gorgoteo de su teléfono. Miró la pantalla y dijo, con voz rotunda:

–El amigo de mi primo que está en las Fuerzas Especiales. –Luego añadió–: Sí. Habla el doble Mekhlis.

Estoy sentado en el banco del vestuario, bajo el «entoldado» de mi quimono crema. A mi lado, el fez con su borla. A mis pies, las zapatillas puntiagudas. Me estoy preguntando, como hago siempre a esa hora del día, por qué el genio del cuerpo para el dolor supera tan fácilmente su irregular talento para el placer. Me pregunto por qué los bonitos trinos del dormitorio son tan fácilmente silenciados por las vociferaciones imposibles del Ala de Interrogatorios. Y me pregunto por qué los espasmos y torsiones del

orgasmo se vuelven tan fácilmente inertes e insensibles ante la epilepsia culminante de la tortura. No es necesario bajar la intensidad de la luz para la tortura; ni poner música suave. La gente responde. No es necesario hacer nada para que entren en el estado de ánimo propicio. Piénsese en cómo el dolor puede ramificarse, y proliferar... ¿Qué papel, en el terreno del placer, podría desempeñar una hija de tres años, una saca de correos, unos roedores, las anfetaminas?

Todo ha terminado ya, de todas formas. ¿Es el destino de Nadir el Siguierte? Desde el punto de vista de un doble, el desenlace fue el peor que alcanzaría a imaginar. En su búsqueda de paz y tranquilidad montó en su submarino –para un chapuzón de una semana en el lecho del Mar Rojo–. Aquella mañana, después del desayuno, fue al cuarto de baño con un periódico bajo el brazo... La temida «bomba del retrete», ahora doblemente legendaria. Se reunirá con su padre en la nave espacial de Cuidados Intensivos, y su centro de gravedad se habrá visto reemplazado por un hueco en carne viva. Y nosotros seguiremos la misma suerte de los dobles del Viejo Nadir. El fetiche de la verosimilitud nos arrastrará a cada uno de nosotros hasta la celda protegida por sacos terreros, con su taza blanca bien acondicionada, y la bomba lapa –sensible a las deposiciones– dentro del bote sifónico, y el equipo quirúrgico de pie al lado.

Esta tarde, en el Palacio del Fin, y en calidad de apoderado de Nadir –o de su prótesis– me esforzaré por mostrarme más trémulamente tierno que nunca. Creo que comprendo esta inclinación del Siguierte: su tendencia a lo tierno, en el Ala de Recreo. Estoy en situación de sentir empatía por él, después de todo –y siento como un rígido vacío en el lugar de la cabeza donde en un tiempo estuvo

el ojo—. Pero yo no soy el Siguiente. Soy sólo su doble. Y la parte que me corresponde es la que he dicho. Cuando te han herido, despierta una parte de ti que no quiere herir a nadie. Cuando amas algo tan íntimamente frágil como tu propio cuerpo, no quieres hacer daño a nadie. Eso es lo que me estoy diciendo a mí mismo ahora, en el vestuario. Por favor, que no me dejen tener que hacer daño a nadie.

The New Yorker,
marzo de 2004